

LA HISTORIA COMO PROBLEMA Y DIVERSIÓN. ENTREVISTA A FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD

Harvard, octubre de 2004

El despacho del profesor Márquez Villanueva lleva el número 475 de la Widener Library de Harvard University, año de la caída del Imperio Romano como gusta señalar nuestro entrevistado. La Widener es probablemente la mejor biblioteca universitaria del mundo, cuyos fondos más que duplican los de la Biblioteca Nacional española. Paco Márquez, sevillano transterrado, se jubiló hace pocos años, y tras una vida consagrada por entero a historiar la literatura y la vida social española desde la Edad Media hasta la contemporaneidad, es objeto ahora de numerosos homenajes, los últimos de los cuales fueron: nombramiento de hijo predilecto de Andalucía concedido por el presidente Manuel Chaves el 28 de febrero de 2004; premio especial de la Real Fundación de Toledo, entregado por el Rey Don Juan Carlos, el día 27 de octubre de 2004; y finalmente el voluminosísimo homenaje en forma de libro titulado *Dejad hablar a los textos* que le ha tributado la Universidad de Sevilla, y que le fue entregado en ésta ciudad el 17 de marzo del presente año. Entre sus más recientes obras cabe destacar: *Personajes y temas cervantinos* (Anthropos, 1999), *El concepto cultural alfonsí* (Bellaterra, 2004, segunda edición), la edición que hizo de *Aitta Tetauén* de Benito Pérez Galdós, y *El mito de Santiago* (Bellaterra, 2003) y *Cervantes en letra viva* (Reverso, 2005). Entre sus obras precedentes y clásicas: *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, *Personajes y temas del 'Quijote'* y *Orígenes y sociología del tema celestinesco*.

GA.- Háblenos de Sevilla, de esa Sevilla de la cual marchó desairado camino de Estados Unidos, y que en la primavera de hace dos años primavera

le ha tributado un homenaje al nombrarle Hijo Predilecto de Andalucía, premio que te entregó el Presidente del gobierno andaluz.

MV.- Sevilla ha sido una ciudad descabezada, con muy poca preocupación intelectual. Podía haber sido una Atenas, pero no le interesó serlo nunca. Fue una ciudad sin instituciones, donde ha habido una cosecha de pérdida de talento a lo largo de la historia. Su historia es la de un continuo fracaso institucional. No ha tenido verdadera jefatura, y yo creo que eso viene de muy lejos, de la Reconquista. Fernando III tomó la decisión de vaciar Sevilla de su población musulmana, por ello no tuvo mudejarismo como Toledo; entonces recurre a la feudalización, y ese problema continúa hasta hoy, donde se sigue observando que el pueblo no tiene conciencia de propiedad, sino de colonia. No hay una identificación profunda con el funcionamiento, y por eso es un pueblo explotado, que se ha agarrado a una especie de picaresca de vivir al día y de recurrir al chiste. Con todo ese pueblo es lo único bueno que hay en Andalucía. Es admirable, por las condiciones en las que ha tenido que moverse. Una cosa que sostengo y que tengo muy claro es que yo soy parte integrante de ese pueblo. No soy miembro de la burguesía sevillana, y mucho menos de los cortijeros, sólo soy parte del pueblo de Sevilla. Colectivamente ese pueblo tiene una especie de gusto innato por el arte, por la música; todo lo que se refiere a la Semana Santa, la Feria, etc. es gracias a esa cultura popular. Lo que no funcionan son sus instituciones y naturalmente su jefatura. No ha habido nadie destacable; es una historia bastante deprimente. Esto lógicamente se acentuó durante el franquismo, me refiero al franquismo clásico, en los años cuarenta y cincuenta.

GA.- ¿Cuál es el papel de la Iglesia Católica en todo esto? ¿Acaso es un factor de vertebración, en el sentido orteguiano, el catolicismo en Andalucía? ¿No encierra ello una paradoja, ya que el catolicismo es la antinomia por excelencia del mundo islámico, componente fundamental del mudejarismo que usted reclama?

MV.- Haría ahí una distinción entre la religiosidad popular y la religiosidad oficial. La religiosidad popular es muy bonachona, es esa creación anónima que está en el arte. Tengo mucho respeto por la Semana Santa, por ser de carácter popular. La Iglesia oficial ha sido, por otro lado, un auténtico desastre rutinario. No ha habido personalidades distinguidas, ni se ha hecho nada de provecho. Con Franco el asunto no eran ya las lacras de la Iglesia, sino algo mucho más concreto y con dos pies que se llamaba el cardenal Segura. En realidad en los años cuarenta y cincuenta el cardenal era quien mandaba en Sevilla. Era de una dureza, de un amor al poder y una soberbia apabullante. Tenía una corte de aduladores, y entre ellos se trajo a muchos curas croatas fugitivos después de la Segunda Guerra Mundial. Era un mundo muy duro de llevar. Lo único bueno que tenía es que era capaz de hablar con gramática, pero las cosas que

decía... Como que pagarle nueve pesetas a un obrero era pagarle vicios... Aquí no había ninguna debilidad, por eso el cuadro era muy negro, con una opresión día a día. Yo no he tenido juventud. Había que tener una voluntad de hierro para sobrevivir. No tengo buenos recuerdos. Vivir en esta sociedad con treinta años llevaba a una soledad absoluta. Los que se las daban de liberales podían haber tenido alguna señal de simpatía, pero no..., vivían para sobrevivir.

GA.- ¿Existía un divorcio entre pueblo y elites?

MV.- El pueblo ha sabido buscarse un cauce propio, liberándose por ese camino de las elites...

GA.- ¿Y los Machado?

MV.- Se van a Madrid.

GA.- ¿Y los Guichot, y Rodríguez Marín?

MV.- Eran muy moderaditos... Rodríguez de la Borbolla, por ejemplo....Y Rodríguez Marín era un aficionado... Escribía cuentecitos. Realmente todo muy mediocre. Eran buenos aficionados, sólo eso, no nos engañemos. Las gentes de talento se perdieron porque se quedaron en Sevilla. Había que andar con pies de plomo, y eso era una muerte en vida. Se pierden demasiadas energías. Si te dedicas a trabajar no puedes parar en esas cosas. El no remover las aguas termina en nada... Era gente esterilizada. Ese no mover las aguas terminaba esterilizándote. Yo no quería ese destino para mí. Para eso más vale pegarse un tiro.

GA.- Ahí tenemos el caso de Machado y Álvarez... También tenemos la revista "Bética", que intentan montar una revista andalucista...

MV.- Los esfuerzos no continúan. También tenemos a Falla que hace la orquesta Bética, una formación espléndida que impresiona en París, pero no tiene continuidad. Todavía hoy se reúne la Orquesta Bética, pero, je, je, je... no tiene continuidad... ya digo. Todo ha descarrilado...

GA.- O sea que el problema va más allá del propio franquismo...

MV.- Por supuesto, yo no le echo todas las culpas a Franco. Ojalá pudiésemos echarle las culpas a Franco sólo. Yo he llegado a momentos en los que me sentía enloquecer en este ambiente. Recuerdo que una vez por el centro de Sevilla iba con mi novia, hoy mi mujer, y me paré en una esquina, la esquina

de la calle Cuna, y comencé a dar voces. Pensaba que o mataba a alguien o me volvía loco furioso. Sentí un segundo de locura...

GA.- En este panorama se impone que la única salida del creador es el exilio, y que es un mandato de supervivencia...

MV.- Exactamente, exactamente... Desde su punto de vista tenían razón, era yo el que no encajaba. Me decían: tú es que no pareces de aquí... ¡Claro, hombre, claro que no parezco de aquí...!

GA.- Esto me recuerda mucho la *polis* clásica con sus ostracismos...

MV.- Es verdad, es verdad... je, je... Encajar en Sevilla era muy duro para mí. Aquí ha habido mucha gente de mucho talento pero esterilizada... Otra cosa contra la que hay que luchar es contra el hedonismo, Sevilla es así..., si te atienes a la vida cotidiana de Sevilla puedes vivir feliz... No se te exige nada... Esas son cosas de Pepe, cosas de Manolo... Se trata de ser simpático, de no hacer nada, a más plin de todo. Es la vida sin responsabilidades... Eso no tiene precio...

GA.- Quiero entender que se prolonga aquella idea de Américo Castro, presente en toda su obra, que reza que vivimos extrañados de nuestra propia historia...

MV.- Yo más que extrañados diría que vivimos desconocedores de la historia. La historia que se nos ha enseñado es totalmente inocua o la han hecho otros...

GA.- Por aquí quiero llegar a la segunda parte de la pregunta: el hispanismo. Sin un conocimiento interior, a falta de un pensamiento interno que nos haya dado luz sobre nuestra propia historia, hace falta un pensamiento exiliado, hecho desde el exterior. El francés sí se reconoce en su propia historia, y se siente satisfecho de la misma.

MV.- Yo no metería a Castro en el hispanismo simplemente por que estaba en Princeton. Reconocerse en la propia historia es un proceso muy duro y muy doloroso incluso. Yo creo que lo que nosotros hemos hecho es enfrentarnos con nuestra propia historia a calzón quitado. Esto no se puede entenderse sólo como una lucha entre izquierda y derecha, entre católicos y no católicos. Aquí hay algo más, que ha venido actuando y que no conocemos. Tenemos que analizar esa constante, y luego poner las cosas en su sitio. Para ver si podemos comprender los pendulazos... Pero los únicos que en el siglo XX nos hemos quitado los calzones de la historia hemos sido los españoles. Ni los franceses, ni los

ingleses, ni norteamericanos lo han hecho... Nosotros por lo menos lo hemos intentado hacer. Los franceses han creado un credo liberal nacionalista contra el cual todavía estamos luchando. Después, lo hecho por los anglosajones es muy cegato, muy soberbio también. Ingleses y esa gente sólo por el hecho de ser españoles ya tienen derecho a mirarnos por encima del hombro. Yo no veo que nos hayan hecho un favor. Esa tarea la tenemos que hacer nosotros con nuestros propios marcos de referencia. A mí me pasó sobre todo con los ingleses. Se observa en el hispanismo inglés que en los años veinte, por ejemplo, hace una quema de incienso a Primero de Rivera. El francés era más liberal. El conservadurismo del hispanismo inglés continúa en la misma medida. ¿Cómo se puede comprender el reinado de los Reyes Católicos? Ellos no ven los problemas. Es difícil comprender España para un protestante o un calvinista. Creo que es muy difícil entrar en la historia española, porque la gente tiene hechos sus criterios para Inglaterra o para Francia, Alemania, Italia... Nuestros parámetros son diferentes...

G.A.- Somos los “propietarios del problema” en definitiva...

M.V.- Sin dejar de ser occidentales no hemos sido ninguno de esos países. No lo hemos sido. Las palabras renacimiento o barroco tienen entre nosotros otro significado. Lo cual no es ni bueno ni malo. No lo digo por orgullo nacionalista. Hay que aceptarlo así y no como el señor Maravall que representaba la ortodoxia en la Universidad española, que cogía las cosas con pinzas de otros países y las metía en España. Cuando abordó del problema social de la Celestina se va por las ramas, había leído cosas de aquí y de allí, y dice qué bonito y las aplica. Por ejemplo lee *Leisure Class* de Th. Veblen y busca aplicarla a Calixto y Melibea, pero no explica nada de fondo.

GA.- Y qué me puedes decir del hispanista que detesta en su fuero interno a España.

MV.- Hombre, los hispanistas que detestan a España son muchísimos. O mejor que tienen una aptitud displicente, ya que nos consideran una jaula de locos. Los ingleses sobre todo participan de esa idea, en menor medida los norteamericanos. Yo no tengo conexión alguna con los ingleses. Con ellos no se puede hablar.

GA.- ¿O sea que el destino del exiliado es retornar a la misma patria hacia la que dirige sus dardos?

MV.- No se trata de dirigir dardos..., todo lo contrario. Se trata de entenderlos. Hay que comprender esa peculiaridad. Se hacen cosas en España que son

inconcebibles fuera de ella. ¿Cómo se puede entender fuera de España la escritura de *Los nombres de Cristo*? Nadie lo entiende aún hoy; nosotros comenzamos a comprenderlo con dificultad. En la historia religiosa de Europa no tiene cabida.

GA.- Hay un cierto encierro conceptista...

MV.- Y lo mismo en San Juan de Ávila. Me pidieron un estudio sobre Juan de Ávila para la Conferencia episcopal española. Lo preparé, y fui para hacer lo que creía que debía hacer. San Juan de Ávila tiene una influencia de Lutero terrible... y se queda con lo bueno de Lutero. Si España primero y Europa después hubiesen escuchado a San Juan de Ávila podían haber llegado a una reconciliación perfecta, a un punto medio entre protestantismo y catolicismo, y el futuro de Europa hubiese sido distinto.

GA.- Un biógrafo de la época sostenía que San Juan de Ávila todas las mañanas o en la colación del mediodía bebía vino caliente... Era cuando andaba por Montilla... Se ve que le calentaba las tripas. No todo es espíritu, pues.

MV.- Je, je, je. Hay cosas muy bonitas. Él es partidario de llevar una vida ordenada. Su idea de ascetismo es la de llevar un orden, y no ser esclavo de los placeres, pero está en contra de la mortificación. Es una actitud procedente del sentido común. Nada de torturas ni penitencias sangrientas. Santa Teresa, también; en las reglas dice que todos los días haya recreación. Sostiene igualmente Santa Teresa una cosa extraordinaria: que nosotros no somos ángeles porque tenemos cuerpo. Los que han querido angelizar al hombre han acabado con un fracaso completo. Nuestros santos místicos no olvidan que tenemos cuerpo. Ella estaba enamorada del padre Gracián. Muy natural, el padre Gracián era un hombre de mundo, cortesano, de muy buen físico y muy culto, se había educado en Salamanca. Decía la Santa: Mira hasta los santos necesitan un desagadero.. Hay que desaguar de alguna manera. Je, je, je... La literatura ascético-mística yo la veo como una gran alternativa a lo que está ocurriendo en Europa entonces... Y España si hubiese escuchado eso también hubiese sido distinta. En Europa si los traducen se enteran menos aún.

GA.- En otro orden, usted ha abordado el concepto de mudéjar en diferentes obras suyas y muy especialmente en *El concepto cultural alfonsí*. Lo ha convertido en cierta forma en un concepto nuclear de su producción. ¿Qué entiende por mudéjar?

MV.- Se trata de unas interacciones culturales profundas que se dan en la literatura, en lo social e incluso en lo político. Hace unos días en Corea encontré un caso, el del fundador de aquel país, de finales del siglo XIV y principios

del XV. Podemos asimilarlo a nuestro Alfonso el Sabio, que trabajaba con los calendarios, que trabajaba con las crónicas, con la relojería, que era poeta, y que es hombre que concibe su gobierno como una tarea de educación. Es un modelo procedente de China, y que tiene muchas semejanzas con el rey sabio. No son modelos completamente originales. Es un fenómeno muy complejo, y para mí muy importante en literatura. La figura del Arcipreste de Hita, de Don Juan Manuel, encajan aquí. Tienen una concepción muy moderna de la historia. No obstante, son fenómenos muy dificultosos, muy empinados, sobre los cuales estamos comenzando a dar los primeros pasos. Esos aspectos de sensibilidad, que se traslucen en las comidas, en las vestimentas, etc., son complicados, y todavía hay pocas personas que estén persuadidos de estudiarlos. En este cometido me encuentro muy solitario. Los arabistas son los que quizás tengan las claves, pero les interesa muy poco avanzar por este camino.

GA.- La idea de gobernar mediante la convicción y no mediante la fuerza, presente en Alfonso X el Sabio, podríamos catalogarla de muy posmoderna, por utilizar un término actual...

MA.- Precisamente ahí está lo interesante, en la singularidad de este fenómeno respecto al resto de Occidente. Pero la gente, los colegas, se asustan ante él, y es posible que lo vean incluso como una amenaza para la tranquilidad de su estudio. Algunos me lo han dicho con absoluta claridad: yo con las cosas latinas me arreglo con bastante facilidad, pero si las mezclo con las cosas de los árabes y de los judíos, pues es demasiado. Y no se trata de remover las aguas. Pero a mí me gusta removerlas. Es muy fácil, además tomar pistas falsas, equivocarse, etc. Ahora la cosa también tiene sus recompensas, cuando comienzas a comprender las espinas. Es una locura si se quiere, pero que exige una gran humildad, al enfrentarnos a este mundo complejísimo, y se obtiene un placer muy intenso, al tener una auténtica cosecha entre las manos.

GA.- Cuando usted le dedica a Juan Goytisolo *El concepto cultural alfonsí* se lo hace en la calidad que le otorga de “restaurador del mudejarismo literario”. En otra entrevista que le hice a Juan Goytisolo dijo que él lo que había aprendido en Estados Unidos y Francia era la curiosidad por lo externo.

MV.- Sí, él se reconcilia con Menéndez Pelayo precisamente por la curiosidad, porque en la cosa ideológica no podía estar más alejado. Pelayo tenía ese don divino de la curiosidad. Lo más difícil de encontrar entre nuestros colegas es esa insatisfacción que nos va quemando por dentro. Esa es una virtud que considero fundamentalísima. Y sobre todo entre los jóvenes que es donde debiera estar asentada en mayor medida. Pero creo que nuestro sistema universitario ahoga esa curiosidad y esa insatisfacción. Yo veo una actitud positiva nada más

que en la identificación de los problemas. La mayor parte de nuestro trabajo de investigaciones eruditas están inclinadas a las soluciones fáciles. Goytisolo sabe localizar los problemas, y además tiene una gran sinceridad. Te pongo un ejemplo. *El Guzmán de Alfarache* es un libro casi tan importante como *El Quijote*. Unamuno lo lee y llega a la conclusión que es un texto insoportable, tanto robo, tanta estafa, tanto fraude. No se explica la importancia del mismo. En Fray Antonio de Guevara encuentra también un farsante, y no entiende su importancia. Son sinceridades críticas que plantean problemas... En ambos casos estos libros tienen unas claves perdidas, y sin ellas son insoportables. Del *Guzmán* Marcel Bataillon escribió en una ocasión que son necesarias “ganzudas”, y esas ganzúas están al alcance de las gentes de la época. Con la *Pícaro Justina* ocurre igual. Se han perdido los temas que el autor quiere abordar, y no se puede interpretar las cosas que quiere decir. Están escritos como sostiene Mateo Alemán “para los discretos lectores”. ¿Cómo recuperar esos primeros lectores? El lenguaje en la *Pícaro Justina* es muy rico, hay quién lo lee sólo por el lenguaje. Todas esas son lecturas extrañas. Unamuno hoy probablemente estaría fascinado por el *Guzmán de Alfarache*. Si un crítico es decente tiene que decir: no entiendo esto, tenemos que buscar más. Siempre suele adjudicarse lo que no se entiende al humanismo italiano, pero no, aquí hay otras motivaciones de orden intelectual y social. Con la falta de sinceridad no avanzamos nada.

GA.- Quizás el problema sea de ausencia de epistemología histórica...

MV.- De hermenéutica. Tenemos que hacer hermenéutica profunda sin decirlo. ¿Dónde en Europa se ha hecho un arte de hablar por señas, sin escribir?. La palabra clave es que nuestros clásicos resultan “modernos”. *La Celestina*, Cervantes, Mateo Alemán... Creo que hemos hecho bastante más de lo que parece, y que en algunas cosas estamos a la cabeza. Estamos a la cabeza en el terreno de la utilización de la literatura como género histórico. Aquí tenemos por ejemplo, en Harvard, al señor Homi Bhabha. Él es parshi, y narra las contradicciones entre ser antiguo miembro del imperio colonial y beneficiario del mismo. Para mí es un tremendo ingenuo, desde la perspectiva que nosotros ya hemos hecho ciertas cosas. Por ejemplo el enfrentamiento con nuestra historia como un problema muy profundo de hermenéutica. No nos engañemos, debemos formular las cosas. Los anglosajones tienen una venda en los ojos. Ellos buscan los libros de “escándalo”, pero no libros serios. Bhabha tiene una fama de escribir terriblemente, y él mismo lo reconoce, que lo aprendió todo en Derrida, y de ahí le sale una pedantería. Yo por el contrario me tomo unos berrinches tremendos al escribir. Debemos pensar en la comunidad académica, pero también en aquel público medio que puede leer estas cosas que hacemos con buen provecho. Más aún en estos tiempos en que nos devora lo facilón. Hay que escribir para la portera culta, no escribir como porteras, que es otro asunto.

GA.- A propósito del trabajo de escribir...

MV.- A mí me dicen: usted escribe con una facilidad. Facilidad... Cuando llevo dos horas me invade un sudor frío. Quiero dar el máximo. Es un esfuerzo agotador, y me tengo que dar una ducha. Hasta ese punto se exige uno, en una empresa casi sobrehumana. Llego casi al límite de mis capacidades humanas.

GA.- Volvamos al tema de la “problematicidad de la historia”, que plantea en *El mito de Santiago*.

MA.- Nos asusta el asunto de Santiago y damos media vuelta. En época de Felipe II tenemos a Ambrosio de Morales que en aquel tiempo podía haber hecho muchas cosas, pero se echa para atrás. Era de la confianza del rey, y aunque se da cuenta de las cosas que no se sostienen, sin embargo llega a la falsificación. Un Morales hace esto de una forma totalmente ingenua, pero hoy todavía tenemos gente que hace eso. Ya digo que el éxito de esa actitud ha sido Santiago. Todo es coherente con lo que ha pasado en política. Tenemos que revisar la historia caiga quien caiga, no como un ejercicio de autoflagelación sino como una necesidad.

GA.- De todas formas, si recapitulamos sobre su obra sobre Santiago, en otros países, como Francia, hubiese levantado una gran polvareda. Pensemos, por ejemplo, que el volumen que sobre San Luis hizo Jacques Le Goff se convirtió en un referente nacional. ¿Cree que sus obras, más allá de los círculos especializados han creado una corriente similar?

MV.- ¿Qué pasó con *El Quijote*? Fue bien recibido, vendió mucho, pero nadie reflexionó sobre su significación. En Italia había una tradición académica muy fuerte y un ejemplo es Tasso, que acaban por volverlo loco, ya que lo critican profundamente. En el fondo nadie le presta ninguna atención a *El Quijote* salvo una persona, Avellaneda. No se produce el fenómeno de Tasso. Es manifestación de una pereza mental, y pérdida de una tradición crítica. Hemos tenido una galería escasisima de gentes que nos hayan hecho reflexionar. Estamos totalmente huérfanos, excepto algún caso aislado. Es la indiferencia total. Castro ha sido discutido sólo en lo referente a Santiago y los Dióscuros, pero hay tantas otras cosas que discutir en Castro.

GA.- Yo he oído muchas veces la acusación, no obstante, de la ausencia de fuentes históricas, es decir archivísticas, en referencia descalificatoria a la obra de Américo Castro. Se suele repetir en los medios historiográficos en España, que su principal fallo es no haber acudido a la documentación de primera mano. Si ir más lejos le oí decir esto a don Antonio Domínguez Ortiz ...

MV.- Bueno, Domínguez Ortiz no quiso entender a Castro... Lo de los documentos: hay que trabajar con los documentos, de acuerdo, pero qué hacemos con los documentos, ¿transcribirlos?... Esto es lo que a mí me enseñaron a hacer en la Universidad. Pero el problema es de hermenéutica. Además, un documento no es sólo lo que está en los archivos, un documento es también un cacharro de cerámica. Un documento es también el Quijote o cualquier libro e literatura. Y con los documentos hay que tener metodologías interdisciplinares, por ejemplo hay que saber mucha historia del arte, filosofía... El mudejarismo para ser interpretado exige metodologías interdisciplinares y una preparación en esos terrenos. A mí me han negado que la literatura pueda ser un documento histórico, se me decía que era un fantasía y que no se podía trabajar con fantasías. Incluso una fantasía aplicada a un hecho histórico es iluminadora. Tenemos por ejemplo a Galdós en el siglo XIX que no deja de tener un valor profundo en el terreno hermenéutico. En estos terrenos no podemos manejar barreras disciplinares. ¿Qué hacemos, por ejemplo, con la figura del indiano, la de la persona que vuelve a su patria con aires de renovación y estructuras humanas más abiertas? De esta manera se ve al indiano en Galdós. En Valera sin embargo es una figura negativa, traidor de su tierra. ¿Cómo podemos utilizar estas opiniones? Yo lo que diría es que el documento no te da ninguna información sobre el indiano; las dos son inexactas, antagónicas, pero sí que da una visión sobre la división profunda que existe entonces en España. Eso sí es un hecho histórico, teniendo en cuenta que refleja actitudes irreconciliables, que recoge la literatura. Ese es el dato hermenéutico.

GA.- Esto nos lleva de nuevo al campo de su propia obra que ha traspasado las fronteras de la especialización temporal.

MV.- Eso es como el que quiere leer, y no puede leer a una distancia muy cercana o muy lejana. Es lo que le ocurre a un especialista que está toda la vida con un tema. Para mí ha sido fundamental cambiar de tema, de épocas, etc. Les recomiendo a mis estudiantes, colegas y demás, que tengan pequeñas parcelas de estudio en otras épocas. Yo la he tenido en el campo contemporáneo con autores cercanos. Sobre todo contemporáneos. A los que están centrados en la cosa contemporánea les recomiendo que tengan una parcelita en el Siglo de Oro. Esto es fertilizador. Lógicamente siempre que no se sea caprichosa e injustificada. También idealmente es muy bueno cambiar de temas, períodos, y relacionarlos con otras culturas en la medida de lo posible. Tenemos que tener profundidad de campo, eso supone pagar un precio por la curiosidad, que por cierto es precio muy alto. Un Menéndez Pelayo sacrificó su vida a esa curiosidad. Se impuso una vida titánica, de un trabajador incansable. Hizo de todo. No tenía vocación de soltero, pero no se casa. Si se hubiese casado quizás hubiese escrito un poco menos, pero hubiese vivido veinte o veinticinco años más. Como vivió pocos

años no pudo replantear su obra, a lo cual ya estaba orientado. Se dio al alcohol y a las putas. Iba a un prostíbulo que le llamaban el palacio de las sífilis, y eso lo liquidó. Tuvo una novia de buena familia, pero estaba muy ocupado y dejó de ir un día y otro, y la perdió. Poco antes de morir fue al Teatro Real y vio una señora muy enjoyada, y preguntó quien era, y le dijeron que había sido su novia, y exclamó ¡de que felicidad me he librado! No se libró, pagó un precio muy alto, con la muerte.

GA.- Hablando de solitarios y de figuras titánicas: ¿qué opinión le merece la figura de Julio Caro Baroja?

MV.- Hizo cosas buenas, pero también tenía muchos prejuicios, probablemente heredados de su tío. Tiene una opinión muy noventayochista que lo bloquea.

GA.- Circula una anécdota sobre él, que sostiene que cuando fue a Oxford volvió diciendo que no había entendido nada. Medía sus armas con el evolucionismo, el difusionismo, polémicas antiguas, pasadas de moda.

MV.- Sin embargo, ignora a Castro. A Castro no se le puede ignorar. Se podrá discrepar en lo que se ha equivocado, porque tampoco se puede decir que Castro haya traído la luz al mundo. Aquí hay una gran tarea por hacer. Caro no lo hizo. Jamás citó una obra de Castro. No hay porqué coincidir, pero no debemos ignorar. Fíjate en el título de su obra sobre los judíos: *Los judíos en España después de la expulsión...* Pero sí no había ya judíos. Lo había traicionado el subconsciente. Podía haber hecho una labor ingente, heroica.

GA.- ¿Y el libro sobre los moriscos de Caro? A usted que ha trabajado sobre los moriscos qué opinión le merece.

MA.- Es el mejor. Y el del Carnaval también. Podíamos haber colaborado, pero no llegué a conocerlo. Yo creía que esto iba a ocurrir en un congreso. Me dije: bueno vamos a ver cómo funciona este hombre. Fueron a recogerlo en un taxi para evitar que no fuera, como siempre hacía, pero él dijo al taxista que no lo llevara al congreso sino a otro sitio. Así que me quedé sin conocerlo. Por lo visto era muy bohemio.

GA.- Hablando de figuras contemporáneas. En ese poner el pie en otros territorios le ha consagrado sendos estudios a Gabriel Miró y a Pérez Galdós.

MV.- Efectivamente. Pérez Galdós ha sido como una veleidad. Puértolas, buen amigo, me indujo a entrar en Galdós. Me propuso *Aita Tettauen*, de tema "moro", y me habló en términos muy conmovedores. Finalmente, lo pasé muy

bien. Trabajándolo me di cuenta de eso que hablábamos antes de la fuente literaria, y que los “episodios nacionales” son una fuente estupenda. Son la visión más extensa y más profunda que se ha hecho de la historia del siglo XIX en España. No hay ningún historiador que nos dé la riqueza que ofrece Pérez Galdós. He hecho un test, que consiste en hablar con historiadores que trabajan precisamente en el siglo XIX, y ninguno se ha leído a Galdós. A mí me parece absolutamente impropio. “Yo he leído ‘Trafalgar’” es lo más que llegan a decir. En la tercera serie donde profundiza en el tiempo de Isabel II es fascinante. Es “un intento de...” Es una maravilla. ¿Qué son los historiadores del siglo XIX sin haber leído a Galdós? Miró es un caso distinto: desde el principio me produjo una gran admiración, creo que es el mejor prosista del siglo XX. Tengo una gran afinidad con él, porque creo que somos dos personajes parecidos, radicales, pero lejos de los activismos. El drama de Miró es que no quiso ser periodista, sólo escribió para algunos periódicos argentinos, en la distancia. De cultivar los grupos literarios nada. Tras organizarle un homenaje *El cuento semanal* en Madrid, él dice que se vuelve a su rincón provinciano. No utiliza las palancas del poder. Las conserva como puros amigos, pero no para su carrera literaria. Es un hombre incorruptible. Al mismo tiempo la derecha se le puso encrespada, sobre todo los jesuitas. Actuaron con absoluta mala leche. Lo más doloroso es que lo traiciona Juan Ramón Jiménez y sobre todo Ortega...

GA.- Bueno, parece que Ortega era especialista...

MA.- Lo que escribió Ortega sobre él le produjo una gran depresión y al poco tiempo murió. Pero Miró no tiene el menor retroceso. No se vende absolutamente a nada. El único que le ayuda es un hombre de derechas, Maura, pero él no es un maurista. Maura lo ayudó sin tratar de hacer de él una herramienta para su partido. Está en una zona en la cual no estará ni siquiera Azorín. Miró no trata de ganarse la vida más que con su labor de burócrata, muy mal pagado. Si hubiese querido ser diputado con Maura lo hubiese sido, pero no. Azorín y hasta Galdós fueron diputados, este último por Puerto Rico, je, je, je... Esa integridad moral de Miró me produce una gran admiración por su figura. Es curioso, pero tengo la sensación de que dialogo con estos personajes, los tengo tan absolutamente asimilados... No sólo he sacado materia para estudio... Me pasa también con San Juan de Ávila, al cual le tengo gran cariño; me pasa lo mismo con Fernando de Rojas; con Cervantes no... Pienso que si estuviera aquí Rojas me estaría diciendo esto sobre tal cosa. No hago deporte, y lo más que hago es andar. Rousseau dice que para pensar se tiene que pasear. Y en mis paseos dialogo con Santa Teresa, San Juan de Ávila...

GA.- ¿Qué hay en Cervantes que le impida dialogar con él? ¿Sirve para combatir los casticismos que tienen encerrada a las culturas españolas?

MA.- En Cervantes hay un ser tan complejo, tan brillante... Es un fenómeno sobrehumano. Ocurre como con Shakespeare. Siempre da en el centro de la diana. No le encuentras un solo punto flaco. Es un fenómeno especial. Es un gran desafío. Eso es de un valor inmenso. Cervantes para mí es una gran fiesta, un gran banquete de cosas exquisitas. Es único y valiosísimo. No te da nunca ideología. A Erasmo lo ha asimilado, pero al mismo tiempo se despega de él. Ha hecho exactamente lo que tenía que hacer, que no era enseñar esto o lo otro, sino señalar los problemas. De él se cuenta que indica que las cosas son más complejas de lo que parece. No se puede lanzar uno a la acción. Posee el espíritu crítico, tratando de pensar las cosas dos veces... reflexionad, pensad...; es admirable. Hay otros casos muy distintos como el de Quevedo que era un loco genio o un genio loco. Su cabeza funcionaba de manera anómala. Me acerco a él en pequeñas dosis, con prudencia, para que no me contagie. *Política de Dios, gobierno de Cristo y tiranía de Satanás...* je, je, je. ¡Qué título! Cómo estaría esa cabeza. La mayoría me han dicho que tiene una actitud muy bizarra, mezclándolo todo, en una confusión mental monstruosa. Va inventando cosas cada vez más locas. San Juan de la Cruz, por otro lado, me da miedo, yo no sé lo que pasaba, pero ese hombre ha visto cosas que no vemos los demás, es una experiencia anómala. Mis dotes no me permiten, ya que este hombre tiene una clase de experiencia...; es el verbo. Que por una parte yo creo que se debe a una profunda presencia de lo oriental. La gramática allí está totalmente pervertida por experiencias internas ante las cuales lo que tienes que hacer es rendirte a ellas. De Quevedo temo contagiarme, y a San Juan de la Cruz no me atrevo a acercarme. Son dos autores que me dan miedo por razones distintas. El pensamiento funciona en San Juan a través de intuiciones, con gran brillantez. Santa Teresa es una manipuladora del lector, uno la ve venir, y es muy simpática, pero San Juan...

José Antonio González Alcantud

**SEMINARIO EJÉRCITO, NOBLEZA Y SOCIEDAD:
EL REINO DE GRANADA Y OTROS ESCENARIOS DE LA
MONARQUÍA HISPÁNICA (SS. XVI-XVII)**

No cabe duda de que la Historia militar ha recuperado recientemente un dinamismo y un esplendor de los que no gozaba desde mucho tiempo atrás. Aparte de los libros y artículos de excelente factura que se están publicando, se han celebrado en los últimos meses varias reuniones científicas de diversa naturaleza que dan buena cuenta de la recuperación de esta tradicional rama histórica. En marzo de 2005 se dieron cita en Madrid muchos de los mejores especialistas en la materia en torno a un congreso ambiciosamente organizado. Poco después,